

el futuro de la historia económica* o futuro da história econômica

Josep Fontana y Lázaro**

Universidade Pompeu Fabra, Barcelona, Espanha

RESUMO

O artigo defende a concepção de que recuperar a identidade da história econômica como um campo de conhecimento significa considerar que ela não é nem um ramo da economia nem uma variedade temática da história. Propõe que a história econômica seja a interconexão dos estudos da produção material, da distribuição da riqueza, das condições de vida e do trabalho, das instituições políticas, da cultura e da ideologia.

Palavras-chave: história econômica, cliometria, racionalidade, longo prazo

ABSTRACT

The paper argues that retrieving economic history as a field of knowledge means that it is neither a branch of economics nor a variety of history. The paper suggests that economic history is the interconnection between studies of material production, wealth distribution, living and working conditions, political institutions, culture and ideology.

Keywords: economic history, cliometrics, rationality, long run

Quisiera reflexionar acerca de la situación de la historia económica en este tiempo de desconcierto intelectual en que vivimos y acerca de sus posibilidades de futuro. Algo que podría presentarse como la respuesta a una pregunta: ¿Qué puede hacer hoy el historiador de la economía, situado entre sus colegas los historiadores académicos, que perdieron hace tiempo el rumbo, y unos economistas que empiezan a hacerse preguntas sobre el sentido de su trabajo?

* Texto originalmente preparado para a IV Conferência Internacional de História Econômica e VI Encontro de Pós-Graduação em História Econômica da Associação Brasileira de Pesquisadores em História Econômica.

Submetido: 20 de janeiro de 2014; aceito: 19 de março de 2014.

** Professor emérito de história contemporânea, Universidade Pompeu Fabra, Barcelona, Espanha. *E-mail:* josep.fontanalazaro@gmail.com.

El desconcierto de los historiadores se inició tras la crisis que vivió en los años setenta del siglo pasado la tradición de la historia económica y social, paralela al desencanto de las izquierdas tras el fracaso de los movimientos revolucionarios de 1968 y el agotamiento de las esperanzas puestas en el “socialismo realmente existente” (Eley, 2005; Eley y Nield, 2007). Abandonando el estudio de la sociedad y abominando del concepto de “clase”, pasaron a ocuparse fundamentalmente de la cultura como producto de la sociedad, que era un proyecto razonable, y acabaron dedicándose a “la construcción cultural de la realidad”. Incapaces de escapar de la cárcel de las palabras, se interesaron más en el estudio de los discursos que en el de los hechos. En sus libros no había hombres ni mujeres que trabajasen, comieran, o pasasen hambre, que nacieran o murieran... Los seres humanos se habían convertido en espectros y, con ello, había dejado de tener sentido su propia historia¹.

Sin embargo, el recorrido que iban a hacer a partir de estas propuestas de un nuevo comienzo, como eran el giro lingüístico, el postmodernismo, el postestructuralismo, el postcolonialismo y otros planteamientos semejantes, no les llevó muy lejos. Hicieron una interesante aportación a la crítica de los usos establecidos de la historiografía; pero no fueron capaces de proponer una alternativa coherente. El resultado fue la dispersión en las más diversas direcciones. Daniel Woolf evoca la “torre de Babel” para describir la evolución de la historiografía desde los años sesenta para acá, y habla de la “fragmentación” que se ha instalado en el mundo académico con la pretensión de justificarse como “especialización”².

Si consultamos una obra francesa reciente que pretende cumplir la función de hacer un balance de la situación actual – “después de treinta años de debates, de importantes rectificaciones, de renovaciones, ha llegado la hora de esbozar un nuevo panorama” – veremos que llega a catalogar más de veinte modalidades de “historia”, que van desde la historia del arte o la historia económica a la “conceptual”, “de las mentalidades”, “de las sensibilidades”, “del cuerpo”, etc. (Delacroix et al, 2010). Lo que parece haberse perdido en el camino es la historia como instrumento de análisis global de una sociedad.

¹ Poster, 1997, p. 3; Jameson, 1998; Joyce, 1998, p. 229; Dosse, 1988, etc. La expresión citada literalmente Burke, 1993, p. 30.

² Woolf, 2011, p. 457-507. Woolf dirige el ambicioso proyecto colectivo de *The Oxford history of historical writing*, todavía inacabado.

El precio a pagar por esta fragmentación, que ha apartado cada vez más el trabajo de los historiadores del interés del público, ha sido su marginación. Como dijo Anthony Grafton en su discurso como presidente de la American Historical Association, la historia está considerada en la actualidad como un saber sin utilidad alguna, practicado por profesionales que cultivan “disciplinas escleróticas, obsesionados por una investigación muy especializada”, y que escriben “en una jerga sin sentido, dirigida tan sólo a estudiantes esotéricos”, sin tener audiencia alguna fuera de la tribu académica (Grafton, 2011).

El abandono del campo del debate social por parte de los historiadores, dedicados a sutilezas que sólo interesaban a la propia tribu, favoreció el auge del “uso público de la historia”, eso que un historiador italiano ha definido como

todo lo que no entra directamente en la historia profesional, pero constituye la memoria pública [...]; todo lo que crea el discurso histórico difuso, la visión de la historia, consciente o inconsciente, que es propia de todos los ciudadanos. Algo en que los historiadores desempeñan un papel, pero que es gestionado substancialmente por otros protagonistas políticos y por los medios de comunicación de masas (Santomassimo, 2001, p. 8-9).

Cualquier intento de intervenir en este terreno con una voz propia sería desde entonces respondido, como nos dice el propio Grafton que sucede en Norteamérica, con la acusación de que los historiadores que muestran tales pretensiones son “izquierdistas emboscados” que pretenden sacar conclusiones políticas del estudio del pasado y ponen en duda los valores de la patria americana, de la economía capitalista y de la sociedad de occidente.

Mientras tanto quienes se ocupaban de la historia económica se mantuvieron al margen de aquellos de sus colegas que se habían entregado a las nuevas corrientes del giro cultural, sin más compañía que la de los economistas, que ejercieron sobre ellos una tutela que acabó resultando asfixiante, convencidos como estaban de que el razonamiento económico podía proporcionar respuestas a todos los problemas de que pretendían ocuparse las otras ciencias sociales.

Las relaciones entre historia y teoría económica son tan viejas que arrancan por lo menos de David Hume y Adam Smith; pero fue sobre todo en la época dorada de la “historia económica y social”, entre 1920

y la crisis de los años setenta, con el desarrollo paralelo de la escuela de “Annales”, cuando fueron más fecundas y provechosas. Esta fue, sin embargo, una evolución que se dio sobre todo en Europa, donde sus protagonistas se habían formado como historiadores, pero no en los Estados Unidos, donde la historia económica estaba en manos de profesionales formados en las facultades de Economía.

El interés de los economistas por la dimensión histórica se fundamentó primero en el estudio de las fluctuaciones y del ciclo, que llevó a una fecunda asociación, de la que son muestra libros como, por citar un solo ejemplo, *Industrial fluctuations*, de Pigou (1927). Tras la Segunda Guerra Mundial esta vinculación se mantuvo en los estudios sobre desarrollo y crecimiento económico, en libros como los de Gunnar Myrdal, quien en el Prefacio de *Asian drama* declaraba que su trayectoria personal le había llevado de una preocupación exclusiva por la teoría económica a la convicción de que los problemas económicos han de estudiarse en su contexto demográfico, social y político (Myrdal, 1966, p. IX).

Las cosas cambiaron pronto en Estados Unidos, con el desarrollo de la llamada “new economic history”, historia econométrica o “cliometría”, nacida en torno al “Workshop of history” de Alexander Gerschenkron, en Harvard. No es este el momento de recordar los inicios de la escuela, con los libros de Conrad y Meyer sobre la esclavitud y de Robert W. Fogel y Albert Fishlow sobre los ferrocarriles y el crecimiento económico norteamericano, que parecían ofrecer unas perspectivas de investigación nuevas y prometedoras. Desde 1966 los trabajos de “cliometría” comenzaron a proliferar, ayudados en su recepción por el hecho de que se basaban en la misma clase de teoría que se enseñaba en los departamentos de Economía que habían dado cobijo a sus cultivadores.

Al cabo de unos años, sin embargo, resultaron aparentes sus límites. Muchos de los trabajos que producían los cliómetras no eran más que elaboraciones cuantitativas sobre viejos datos, que no entraban jamás en contacto con el hecho bruto tal como surge del archivo, donde, como decía Edward P. Thompson, “se encuentra la evidencia enigmática y ambivalente”, porque ésta evidencia se presta mal a manipulaciones elementales. Se limitaban a usar datos cuantitativos de segunda mano, sin plantearse problemas acerca de su validez y de su significado real: el precio del trigo en una ciudad determinada en un año concreto, por ejemplo, se convertía así en un “hecho” que se incorporaba a un mo-

delo sin discutirlo, ignorando que no existe el trigo, sino clases muy distintas de trigo, que el precio de un año suma el de dos cosechas diferentes o que el que obtiene el campesino endeudado, obligado a vender en los momentos de mayor competencia, es muy distinto al que conseguirá el traficante que lo puede almacenar para aguardar precios más altos, por citar tan sólo unas pocas de las muchas peculiaridades que pueden acabar redondeándose en la cifra media de un precio anual (Wrigley, 1992, p. 134-185)

Si al manejo de datos mal entendidos le añadimos el riesgo de operar con ellos a medio y largo plazo, sin tomar en cuenta los cambios que se producen en las condiciones sociales – olvidando, como dijo Solow, que “la validez de un modelo económico puede depender del contexto social” – se acaba operando en condiciones en que “un poco de habilidad y de persistencia nos puede llevar al resultado que deseamos” (Solow, 1987, p. 28, 22). El refinamiento de los instrumentos matemáticos empleados llevaba, paradójicamente, a una simplificación cada vez mayor de los datos con los que se operaba, lo cual alejaba cada vez más la investigación de la complejidad de la vida real. Se trataba de no abandonar la seguridad de las relaciones lineales para enfrentarse a lo accidental y a lo contingente³.

La progresiva especialización de los cliómetras, y la naturaleza limitada de los problemas que planteaban, les alejaron gradualmente del resto de los historiadores, y aun más de un público que encontraba difíciles y poco atractivos sus trabajos. Lo cual acabó por hacerles caer en la tentación de contentarse con hacer de su disciplina “una forma de teoría neoclásica aplicada” (Temin, 1973, p. 8). O, dicho de manera más explícita, en palabras de Francesco Boldizzoni, a “crear narrativas del pasado compatibles con la economía neoliberal”, que con frecuencia se reducían a un ejercicio ideológico para “apoyar determinadas visiones del mundo, teorías y recomendaciones políticas” (Boldizzoni, 2011, p. 5). Algo que había de tener buena recepción en los años de la “guerra fría”.

Su adaptación a las doctrinas y métodos de sus colegas economistas les permitió permanecer en los departamentos de Economía, a cambio de renunciar a su identidad y de convertirse en simples ilustradores de una teoría que otros elaboraban, lo cual ha acabado reduciéndolos a

³ Como lo intentaron David (1985) o Landes (1994).

miembros marginales y prescindibles de estos departamentos. Una situación que está plenamente justificada por la escasa entidad de su aportación al campo de la teoría económica, que se evidencia, por ejemplo, en lo poco que han ayudado a resolver el reto de integrar en el análisis económico la consideración de lo político, una tarea que exigiría tomar en cuenta que, como ha escrito Robert Solow, “toda actividad económica está inmersa en una red de instituciones sociales, costumbres, creencias y actitudes”, y que de ello se derivan diferencias entre situaciones distintas en un momento dado – ya que los hombres viven en sociedades distintas y actúan en cada una de ellas de acuerdo con escalas de valores, hábitos y códigos que les resultan tan reales como las mismas condiciones físicas – y que la influencia que estos factores ejercen sobre los resultados puede ser decisiva en el largo plazo⁴.

Los propios economistas acabaron denunciando la insuficiencia de la aportación de los cliómetras. Si Snooks les reprochaba que hubieran “cedido a la tentación de explicar a los economistas lo que quieren oír – una historia sobre la simplicidad causal del proceso de cambio – en lugar de lo que los economistas necesitarían escuchar”, que sería una historia sobre “la complejidad y sutileza del mundo real” (Snooks, 1990 p. 94), Robert Solow, que había escrito en 1986 que no le estaban ofreciendo al teórico otra cosa que el mismo mejunje rutinario que éste ya produce por su cuenta – ¿“Por qué voy a creerme cuando se aplica a unos datos insuficientes del siglo XVIII algo que no me convence cuando se elabora con los datos más ricos del siglo XX?” –, repetía en 1997 sus quejas por la falta de creatividad de los historiadores con estas palabras: “tengo la decepcionante impresión de que se inclinan en exceso a aceptar los modelos diseñados por los economistas de fines del siglo XX para aplicarlos sin ningún tipo de crítica a los datos de otros lugares y otros tiempos”. Y concluía: “Dejando aparte otras consideraciones, no resulta nada divertido leerlos” (Solow, 1997, p. 72; Solow, 1987, p. 26).

La necesidad de pasar de los problemas concretos que se podían resolver con el material cuantitativo disponible a las grandes cuestiones históricas para las que no se disponía de una evidencia serial suficiente – o que

⁴ Solow (1987); en el mismo volumen Arrow (1987), donde se dice que “las diferencias culturales entre naciones, con todas las implicaciones para la política y la economía, son precipitaciones de acontecimientos del pasado, con frecuencia de un pasado distante”.

hubiese requerido el estudio simultáneo de un número demasiado elevado de variables – estimuló la aparición de una “novísima historia económica”, ligada a la “economía institucional”, que no se preocupaba tanto de la medición como de establecer razonamientos deductivos a partir del estudio de las instituciones, de los costes de transacción y de los derechos de propiedad, que tendría su máximo exponente en Douglas C. North, quien consideraba que un elemento esencial de los sistemas político-económicos eran las “creencias” que sostienen sus miembros, en especial los dirigentes políticos y económicos, lo que “conduce a lo largo del tiempo a la formación de una estructura elaborada de instituciones, tanto con reglas formales como informales, que determinan conjuntamente los resultados políticos y económicos”.

En su intención de presentarse como una alternativa al discurso plano de la cliometría, North rechazaba que todo se hubiese hecho de la manera mejor y más racional posible, sino que pensaba que “la historia económica es un interminable relato deprimente de errores que han conducido a hambre, agotamiento, engaño, guerra, muerte, estancamiento económico y decadencia, y a la desaparición de civilizaciones enteras”, y que no hay posibilidad de hacer “predicciones inteligentes sobre el cambio a largo plazo”, porque las realidades son complejas y las condiciones cambian, lo cual hace necesaria la clase de observación que es propia del historiador. Uno de los elementos explicativos más importantes resultaría ser para él la “path dependence”, la dependencia de la evolución en el pasado, que crearía obstáculos insalvables a la adopción de formas institucionales eficientes y explicaría en buena medida las diferencias actuales entre distintas sociedades (North y Thomas, 1973, p. 11; North, 1990, p. 18; North, 1999, p. 23).

Pese a sus intentos de ampliar el campo de estudio, la deriva de North creaba un marco estático que pretendía dar validez universal a la economía neoclásica y que mostraba sus insuficiencias cuando se intentaba aplicarlo al pasado, utilizando conceptos actuales como el de propiedad absoluta o perfecta, sin tomar en cuenta la diversidad de formas en que la propiedad ha aparecido en distintos momentos y en distintos contextos, o especulando en términos generales sobre la función de las instituciones, a partir de unos planteamientos simplistas que no estaban apoyados por un conocimiento adecuado de las realidades históricas concretas. El resultado final sería, convertir esta “novísima historia eco-

nómica” en “un género literario que tiene poco que ver con los números”, pero que mantiene vivas las limitaciones del bagaje teórico neoclásico⁵.

Pero el problema fundamental de unas corrientes de historia económica que habían aceptado someterse a la tutela de los cultivadores de la teoría económica ortodoxa se produjo cuando éstos iniciaron su propia crisis. La reacción crítica en el campo de los economistas comenzó en la década de los ochenta, cuando algunos comenzaron a expresar dudas sobre el camino que seguía su disciplina, a medida que se alejaba de los grandes problemas de la realidad, que eran cada vez más complejos y evolucionaban a un ritmo cada vez más rápido, mientras los celadores de la ortodoxia se dedicaban “a buscar las vaciedades de un puro rigor abstracto”⁶.

La idea de una ciencia económica deductiva y matemática había surgido en los Estados Unidos como un intento de aproximarse a la realidad, después de la amarga experiencia del crash de 1929, que puso en evidencia la escasa fiabilidad de los métodos de previsión existentes, y llevó a la formación de la Comisión Cowles, que se convirtió, después de la Segunda Guerra Mundial, en un centro impulsor de los contactos entre los economistas académicos y los grupos directores de la política y de los negocios.

El propio prestigio que había conseguido la ciencia económica en estos años fue responsable de su inmovilismo posterior, cuando, tratan-

⁵ El propio Boldizzoni dedica una amplia crítica a la historia institucional (2011, p. 18-53), cuyas limitaciones aparecen con claridad cuando se intenta aplicarla a una investigación real y concreta. Los dos casos que planteo se refieren a un trabajo reciente de Rosa Congost, Jorge Gelman y Rui Santos – Property rights in land: institutional innovations, social appropriations, and path dependence, publicado en los papeles del SEHA en julio de 2012 –, que pide una aproximación histórica más flexible a la propiedad, entendida como un “haz de derechos”. Y, sobre todo, al ambicioso planteamiento del artículo de Van Zanden, Buringh y Bosker (2012). Ni se puede abordar la complejidad de las historias de los diversos parlamentos españoles a partir de una síntesis de historia medieval publicada en 1975, ni, sobre todo, se puede hablar de estas cuestiones a escala europea ignorando la amplísima bibliografía existente sobre historia parlamentaria o sobre el tema global de “the rise of fiscal states”.

⁶ La crítica la hacía ya Leontief (1971), se repetía en las contribuciones de Arrow y de Solow (1987), y posteriormente en Hutchinson (1994, p. 282-306), que observaba que la elegancia y el rigor deductivo se obtienen habitualmente en el análisis económico a costa de una simplificación que lo convierte en irrelevante para un uso práctico.

do de escapar de la crisis de las ciencias sociales, sus cultivadores pretendieron salvarse conservando la versión canónica de la disciplina, a costa, dice Hollinger, de “evitar las complejidades del mundo real con la misma determinación con que un metodista evita una taberna” (Hollinger, 1997). Y, si bien lograron obtener resultados brillantes, sobre todo en el campo de la microeconomía, donde se puede proceder con un número de variables manejable, tuvieron menos éxito con problemas que, como sucede con la mayoría de los que se presentan en el mundo real, no pueden analizarse eficazmente si se simplifican en exceso los supuestos. Porque, como les recuerda Robert Solow a quienes pretenden trabajar en este campo como si fuese una ciencia exacta, no hay unas leyes de la economía válidas para cualquier tiempo y lugar, y “la parte de la economía que es independiente de la historia y del contexto social no sólo es limitada sino carente de interés” (Solow, 1987, p. 74, y Kindleberger, 1988).

Es evidente que el uso de un instrumental analítico de carácter matemático es fundamental para el economista, pero con frecuencia el lenguaje matemático se utiliza para escapar de la confrontación con el de la vida cotidiana, que pondría al descubierto la vacuidad de lo que, adecuadamente disfrazado, se puede hacer pasar por teoría. Paul Krugman ha denunciado que mucho de lo que los economistas actuales hacen es “usar matemáticas ornamentales para decir cosas que podrían haberse expresado igualmente en un lenguaje más llano – o, en ocasiones, para decir cosas que hubieran parecido tonterías si su significado no estuviese oscurecido por las matemáticas” (Krugman, 1998, p. VIII).

Obsesionados por mantener sus métodos, no fueron capaces de recuperar el contacto con la realidad que podía haberles proporcionado una colaboración con los historiadores. Se apartaban así también de la ciencia de su tiempo, que había abandonado la ilusión de la exactitud para tomar en cuenta la contingencia y la historicidad. Un premio Nobel de química, Ilya Prigogine, ha escrito que “tanto en dinámica clásica como en física las leyes fundamentales expresan hoy posibilidades y no ya certezas. Tenemos no sólo leyes, sino acontecimientos que no pueden deducirse de las leyes” (Prigogine, 1996, p. 14); algunos científicos naturales afirman que “la naturaleza está constituida por acontecimientos y por las relaciones entre ellos tanto como por sustancias o partículas separadas”, lo que les lleva a afirmar que “la historicidad es una

característica importante de la ciencia” (Comwell, 1995, p.V). Un biólogo nos dice que “nada en la biología tiene sentido si no es a la luz de la historia” y otro nos asegura que su disciplina está abandonando “la fútil búsqueda de leyes” y haciéndose cada vez más histórica (literalmente: “Muchos biólogos moleculares están convirtiéndose en historiadores aunque les pese”)⁷. A lo cual podemos añadir las afirmaciones de un paleontólogo como Stephen Jay Gould, quien nos dice, desde su propia óptica de científico, que “los seres humanos son contadores de historias por naturaleza” y que “organizamos el mundo como un conjunto de relatos” (Gould, 1998, p. 164-165).

En 1988 un grupo de economistas italianos de escuelas y tendencias diversas publicaba un llamamiento angustiado en que denunciaban la reducción de su trabajo a la elaboración de instrumentos analíticos cada vez más refinados, olvidando que el objetivo principal de la economía había de ser “la comprensión de los *problemas de la sociedad* en su concreción e integridad, en su *perspectiva histórica* y en su *marco institucional*”⁸.

En junio del año 2000 un grupo de estudiantes franceses de economía redactaron una petición en que se quejaban del estado actual de la ciencia económica: del uso indiscriminado de las matemáticas y de la “dominación represiva” de la economía neoclásica, con exclusión de otros enfoques alternativos de carácter crítico. Los estudiantes les pedían a sus maestros que se enfrentasen a los hechos empíricos y a lo concreto, y que aceptasen el pluralismo de enfoques adaptados a la complejidad de los objetos económicos y a la incertidumbre que envuelve la mayor parte de las grandes cuestiones económicas: que hicieran cambios y reformas “para rescatar la economía de su estado autista y socialmente irresponsable”.

Planteamientos semejantes pusieron en marcha el Movimiento por una economía “postautista”, que editó en septiembre de 2000 el primer número de la *Post-Autistic Economics Newslwttter*, una publicación digital libremente accesible por internet, que se transformó en *Post-Autistic Economics Review* en 2001 y en la *Real-World Economics Review* a partir de su número 45, en marzo de 2008. De ese mismo movimiento nació en 2011 la World Economic Association, una organización de econo-

⁷ Rose, 1998, p. 309; Pollack, 1994, p. 152-153.

⁸ La Repubblica, 1988, p. 10.

mistas disidentes que publica una *World Economics Review* y ha iniciado recientemente otra titulada *Economic Thought*.

Ha sido, sin embargo, la crisis de la economía que se inició en los Estados Unidos en 2007-2008, y que ha acabado generalizándose a escala mundial, la que ha venido a dar nueva fuerza a las críticas a los planteamientos formales de la economía neoliberal ortodoxa, que no sólo había sido incapaz de prevenir el desastre, sino que contribuyó a crearlo. No hay que olvidar que en 2004 Ben Bernanke aseguraba que la baja inflación de las dos décadas anteriores, un fenómeno bautizado como la “gran moderación”, había traído una reducción de la volatilidad económica, que tendría como consecuencia que las recesiones fuesen menos frecuentes y menos duras. Y que en junio de 2007, en vísperas de que se desencadenase la tormenta de las hipotecas “sub-prime”, Alan Greenspan, responsable de haber estimulado esta situación desde su gestión al frente de la Reserva federal, celebraba todavía este nuevo “mundo de economía capitalista global que es mucho más flexible, resistente, abierta y autocorrectora”, y formulaba una profecía de crecimiento económico continuado para los Estados Unidos y para el mundo entero, si se mantenían los principios liberales de respeto a los derechos de la propiedad y no interferencia del estado en la economía. Contradiciendo estos principios, fueron ellos mismos quienes se apresuraron después a pedir la intervención del estado, pero no para interferir en las empresas financieras, sino para salvarlas de la ruina⁹.

La consecuencia fue que se iniciase un análisis de los errores que se habían cometido, recuperando por ejemplo las advertencias de Hyman Minsky, fallecido en 1996 (Minsky 1992; Wray, 2011). Se inició entonces también, y eso es todavía más relevante para los historiadores, una crítica de los métodos que estaban usando habitualmente los economistas. No se trataba de revisar las medidas de política económica que habían conducido a la crisis, algo que escapaba a las posibilidades de este tipo de análisis, sino de someter a examen, como proponía Tony Lawson, los métodos empleados por la economía académica, que había propor-

⁹ La literatura suscitada por la crisis es tan numerosa que renuncio a mencionar más que los textos fundamentales que he utilizado aquí: Krugman, 2012; Krugman, 2008; Stiglitz, 2012; Skidelsky, 2009 (en especial su lúcido análisis de la crisis en p. 21-48); Greenspan, 2007; Reinhart y Rogoff, 2009.

cionado las herramientas intelectuales con las que se legitimaban las decisiones de política económica.

Lawson (2009, 2012) criticaba la confianza depositada en los modelos matemáticos deductivos sobre la base de que, para que fueran válidos, se requeriría que las regularidades empíricas que estudian fuesen generales y que, por otra parte, la realidad social estuviese constituida por átomos aislados. El fracaso en los últimos cincuenta años de las previsiones deducidas de los modelos econométricos mostraba que las regularidades sobre las que basaban sus razonamientos no eran generalizables. Y en cuanto a la segunda exigencia, añade,

si la crisis actual ha servido para poner de relieve una característica de la economía mundial, es seguramente la de que sus numerosos aspectos o componentes están muy lejos de encontrarse aislados los unos de los otros. Los desarrollos en partes específicas del sistema tienen un impacto inmediato en los que se producen en otras partes, y en última instancia, los desarrollos de hoy están estrechamente asociados a lo que ocurrió con anterioridad, y establecerán una diferencia significativa en las posibilidades abiertas para el futuro.

En el terreno en que sus planteamiento se acercan más a las preocupaciones de los historiadores, Lawson concluye que

la naturaleza y las condiciones de la realidad social son tales que las formas de razonamiento deductivo matemático favorecidas por los economistas actuales son totalmente inadecuadas como herramientas para un análisis social válido. [...] La realidad social es de una naturaleza totalmente distinta a la de los sistemas cerrados de átomos aislados que proporcionarían las condiciones necesarias para un modelo matemático deductivo.

Como Lawson especifica, estas críticas se refieren a los métodos usados por la economía académica; no a la práctica política que se ha legitimado, o se ha mixtificado, con ellos. En este otro terreno, en cambio, lo que la crisis ha puesto de relieve, con motivo de la flagrante irracionalidad de los supuestos en que se basan las políticas de austeridad, es la importancia fundamental de investigar las motivaciones políticas que hay detrás de estas medidas. Sólo así podremos entender cómo lo que comenzó con la política de aumento de la desigualdad durante los

años que Krugman caracterizó como los de “la gran divergencia”, ha acabado en el actual proyecto de destrucción total del estado de bienestar y de privatización de la política. Una investigación para la cual no basta con emplear el razonamiento económico, sino que se necesita el tipo de análisis político y social que el historiador puede proporcionar.

En estos momentos de crisis y reconstrucción, quienes nos dedicamos a la historia económica no debemos rechazar un nuevo y más fecundo contacto con los demás historiadores, explorando con ellos caminos nuevos que no tienen nada que ver con los callejones sin salida de las disciplinas “especializadas” de que antes hemos hablado, sino que aspiran a volver al estudio de la sociedad.

En este intercambio nosotros podemos enseñarles a volver a entrar en contacto con la economía, lo cual es necesario para asegurar su regreso al mundo real. Thomas Rawski ha escrito: “Los historiadores que menosprecian la economía pueden perder de vista factores que afectan todas las situaciones históricas. Santos y pecadores, élites y masas, ricos y pobres, todos necesitan comida, vestido y un techo” (Rawski et al, 1996, p. 1). No es solo esto, sino que los factores económicos determinan cuestiones tan importantes para los seres humanos como la duración y la calidad de su vida, en términos que difícilmente pueden reducirse a construcciones lingüísticas.

Pero podemos, en contrapartida, aprender otras cosas de ellos, de su preocupación por superar los marcos tradicionales de las historias nacionales para situarse en un espacio más amplio, como nos proponen la “World history” o la “global history”, que nos invitan a estudiar la globalización como un fenómeno complejo destinado a producir un mundo desigual (Stearns, 2011; Mazlish y Bultjens, 1993; Hopkins, 2002, Hopkins 2006).

En un grado superior de complejidad podemos aprender de los estudios que nos proponen formas nuevas de historia comparada para analizar más eficazmente los desarrollos globales, como el de Kenneth Pomeranz sobre China y Europa, donde sostiene que Europa y el Extremo Oriente estaban en situaciones semejantes de desarrollo hacia 1750 (Pomeranz, 2000), en una línea de razonamiento semejante a lo que sostenía Paul Bairoch en sus trabajos sobre el mundo subdesarrollado (Bairoch, 1997). O los de Prasanna Parthasarathi, que nos propone una nueva visión de las causas que produjeron la divergencia de

evolución económica entre oriente y occidente, o los de Takashi Yamashita que, examinando la lógica de un sistema centrado en China, ha transformado nuestra visión del papel del Extremo oriente en el mundo en el transcurso de los siglos XVI al XX (Parthasarathi, 2011; Hamashita, 2008).

En un sentido parecido están los trabajos de Victor Lieberman, que condena las “historias binarias”, basadas en la comparación directa de Oriente y Occidente, y busca las coincidencias que se dan en diversos países en los procesos de formación de estados por medio de la consolidación territorial, la centralización administrativa y la integración cultural¹⁰.

Hay también propuestas para renovar el tratamiento dado al tiempo, que priorizan la larga duración. Esta tendencia ha aparecido en prehistoriadores como Daniel Lord Smail, quien en *On deep history and the brain* se basa en evidencias del paleolítico tardío para estudiar el comercio a larga distancia de puntas de flecha y de ámbar (Smail, 2008), en una línea que se ha desarrollado después en una obra colectiva, *Deep history: the architecture of past and present*, compilada por Daniel Lord Smail, profesor de historia de la Universidad de Harvard y Andrew Shryock, profesor de antropología de la Universidad de Michigan, con la colaboración de un equipo de especialistas que nos proponen el análisis en profundidad y a largo plazo de una serie de aspectos que no suelen aparecer en nuestros libros de historia, como la evolución del cuerpo humano, de la energía y los ecosistemas, del lenguaje, de la alimentación, del parentesco, de las migraciones o de los bienes de consumo (Smail y Shryock, 2011).

La más interesante de estas corrientes que nos proponen una visión del tiempo a largo plazo es posiblemente la de la “big history”, un término propuesto en 1990 por David Christian, que se difundió sobre todo con su libro *Mapas del tiempo*, publicado en 2004 (Christian, 2005). Christian, se inspiró en la obra de los McNeill, como su síntesis de historia universal *Redes humanas* (McNeill y McNeill, 2004), pero con la pretensión de ir mucho más allá, para abarcar la totalidad de la evo-

¹⁰ Los planteamientos que hizo Lieberman, 1999, han conducido a una obra de una extraordinaria ambición, como es *Strange parallels: Southeast Asia in global context, c. 800-1830, 2003-2009*, 2 v.

lución histórica, desde los orígenes del universo hasta los tiempos actuales, con la idea de que este tipo de observación nos puede permitir identificar procesos, temas y pautas imperceptibles en el tiempo corto, pero que nos faciliten contextualizar y dar sentido a la diversidad aparentemente caótica de las interacciones humanas, tal como lo requiere la complejidad de las realidades sociales de comienzos del siglo XXI. Como dice en uno de sus artículos metodológicos, “Contingency, pattern and the S-curve in human history”, se trata de estudiar los detalles, los hechos puntuales, con una óptica que, sin negar la contingencia, nos permita ver las pautas que dan sentido al conjunto y nos ayuden a contestar las grandes preguntas que se plantea la humanidad de nuestro tiempo (Christian, 2009, 2008, 2010).

Fred Spier, de la universidad de Amsterdam, ha aportado una nueva coherencia teórica al terreno de la “big history”, centrándose en los problemas de la complejidad, y ha sido el primero que, en su libro *El lugar del hombre en el cosmos* (Spier, 2011), ha introducido en el terreno de la historia el principio Goldilocks, que se emplea hoy en diversos campos de la ciencia, y nos propone que lo utilizamos para identificar las circunstancias que condicionan y limitan la emergencia y la continuidad de formas diversas de complejidad.

No se trata, sin embargo, de hacer un catálogo de las propuestas innovadoras que se presentan en el terreno de la investigación histórica, sino de estimular el diálogo con ellas, para enriquecer nuestro propio instrumental.

Recuperar la identidad del trabajo en el campo de la historia económica significa recordar que esta no es ni una rama de la ciencia económica, ni una variedad temática de la historia – como la historia militar o la historia de la Iglesia –, sino, en todo caso, un modo de hacer historia. De la economía se distingue por estudiar el tiempo largo y la complejidad; de las diferentes especializaciones de la historia, por el hecho de que no se limita a analizar las actividades económicas aisladamente, sino que las sitúa en un contexto más amplio, con la intención de explicar la naturaleza de los hechos sociales, “las interconexiones entre la producción material, las instituciones políticas y socioeconómicas, el entorno físico, la cultura o la ideología” (Lloyd, 1997 p. 263).

Unas interconexiones que no pueden estudiarse con herramientas elementales como las que explican la conducta humana en el terreno

económico en términos de expectativas racionales, sino que necesitan un instrumental mucho más afinado, capaz de penetrar en los sistemas de ideas y de prejuicios que determinan las acciones humanas, y de dar, por otra parte, el peso que les corresponde al error, el engaño y a la corrupción para llegar a entender cabalmente un mundo como el nuestro donde no dominan las expectativas racionales, sino la especulación y la codicia.

Hemos de recuperar la línea de trabajo que utiliza para el análisis de la complejidad social el punto de vista privilegiado que nos ofrece la evolución de la economía, que significa el estudio de la producción y de los intercambios, pero también el de aspectos de tanta trascendencia como las condiciones de vida y de trabajo o el reparto de la riqueza, como cultivadores de una disciplina que debe desbordar las fronteras de la segmentación burocrática del saber para poder enfrentarse con eficacia al estudio de los problemas sociales de nuestro tiempo. Una historia económica firmemente asentada en el presente y decididamente orientada hacia el análisis de los problemas reales puede convertirse en una valiosa herramienta de construcción del futuro.

Referencias bibliográficas

- ARROW, Kenneth. History: the view from economics. In: PARKER, William N. (ed.). *Economic history and the modern economist*. Oxford: Blackwell, 1987.
- BAIROCH, Paul. *Victoires et déboires: histoire économique et sociale du monde du XVIIe siècle à nos jours*. París: Gallimard, 1997, 3 v.
- BOLDIZZONI, Francesco. *The poverty of Clío: resurrecting economic history*. Princeton: Princeton University Press, 2011.
- BURKE, Peter. *Times Literary Supplement*, 26 noviembre 1993.
- CHRISTIAN, David. *Mapas del tiempo*. Barcelona: Crítica, 2005.
- CHRISTIAN, David. Afroeurasia in geological time. *World History Connected*, v. 5, n. 2, feb. 2008.
- CHRISTIAN, David. Contingence, pattern, and the S-curve in human history. *World History Connected*, v. 6, n. 3, oct. 2009.
- CHRISTIAN, David. *This fleeting world: a short history of humanity*. Great Barrington: Berkshire Publishing, 2010.
- CONGOST, Rosa; GELMAN Jorge; SANTOS, Rui. Property rights in land: institutional innovations, social appropriations, and path dependence. SEHA, jul. 2012.
- CORNWELL, John. Prefacio. In: CORNWELL, John (ed.). *Nature's imagination: the frontiers of scientific vision*. Oxford: Oxford University Press, 1995.

- DAVID, Paul. Clio and the economics of QWERTY. *American Economic Review*, v. 75, p. 332-337, 1985.
- DELACROIX, Christian et al. *Historiographies: concepts et débats*. Paris: Gallimard, 2010, 2 v.
- DOSSE, François. *La historia en migajas: de annales a la nueva historia*. Valencia: Alfons el Magnànim, 1988.
- ELEY, Geoff; NIELD, Keith. *A crooked line: from cultural history to the history of society*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 2005.
- ELEY, Geoff. *The future of class in history*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 2007.
- GOULD, Stephen Jay. *Milenio*. Barcelona: Crítica, 1998.
- GRAFTON, Anthony. History under attack. *Perspectives on History*, ene. 2011.
- GREENSPAN, Allan. *The age of turbulence*. New York: Penguin, 2007.
- HAMASHITA, Takeshi. *China, East Asia and the global economy: regional and historical perspectives*. Linda Grove y Mark Selden (eds.). Abingdon/New York: Routledge, 2008.
- HOLLINGER, David. The disciplines and the identity debates, 1970-1995. In: BENDER, Thomas y SCHORSKE, Carl (eds.). *American academic culture in transformation*. Princeton: Princeton University Press, 1997.
- HOPKINS, Anthony G. *Globalization in world history*. London: Pimlico, 2002.
- HOPKINS, Anthony G. *Global history: interactions between the universal and the local*. Basinstoke: Palgrave Macmillan, 2006.
- HUTCHINSON, Terence. *The uses and abuses of economics*. London: Routledge, 1994.
- JAMESON, Fredric. *The cultural turn: selected writings on the postmodern, 1983-1998*. London, Verso, 1998.
- JOYCE, Patrick. The return of history: postmodernism and the politics of academic history in Britain. *Past and Present*, n. 158, p. 207-235, febr. 1998.
- KINDLEBERGER, Charles. *Economic laws and economic history*. Cambridge: Cambridge University Press, 1988.
- KRUGMAN, Paul. *The accidental theorist: essays on the dismal science*. New York: Norton, 1998.
- KRUGMAN, Paul. *Después de Bush: el fin de los "neocons" y la hora de los demócratas*. Barcelona: Crítica, 2008.
- KRUGMAN, Paul. *¡Acabad ya con esta crisis!*. Barcelona: Crítica, 2012.
- LA REPUBBLICA. Studiosi di economia politica, *La Repubblica*, 30 de septiembre de 1988.
- LANDES, David. What room for accident in history?: explaining big changes by small events. *Economic History Review*, v. XLVII, n. 4, p. 637-656, 1994.
- LAWSON, Tony. The current economic crisis: its nature and the course of academic economics. *Cambridge Journal of Economics*, n. 33, p. 759-777, 2009.
- LAWSON, Tony. Mathematical modelling and ideology in the economics academy: competing explanations of the failings of the modern discipline?. *Economic Thought*, v. I, n. 1, 2012.

- LEONTIEF, Wassily. Theoretical assumptions and non-observed facts. *American Economic Review*, v. 61, p. 1-7, 1971.
- LIEBERMAN, Victor. *Beyond binary histories: re-imagining Eurasia to c. 1830*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 1999.
- LIEBERMAN, Victor. *Strange parallels: Southeast Asia in global context, c. 800-1830*. New York: Cambridge University Press, 2003-2009, 2 v.
- LLOYD, Christopher. Can Economic History be the Core of Social Science? Why the Discipline Must Open and Integrate to Ensure the Survival of Long-Run Economic Analysis. *Australian Economic History Review*, v. 37, p. 256-266, November 1997.
- MAZLISH, Bruce; BUULTJENS, Ralph (eds.). *Conceptualizing global history*. Boulder: Westview Press, 1993.
- MCNEILL, John; MCNEILL, William. *Las redes humanas: una historia global del mundo*. Barcelona: Crítica, 2004.
- MINSKY, Hyman. The financial instability hypothesis. *Working Paper*. New York, Levy Economics Institute, n. 74, mayo 1992.
- MYRDAL, Gunnar. *Asian drama: an inquiry into the poverty of nations*. Harmondsworth: Penguin, 1966.
- NORTH, Douglas. *Institutions, institutional change and economic performance*. Cambridge: Cambridge University Press, 1990.
- NORTH, Douglas. *Understanding the process of economic change*. London: Institute of Economic Affairs, 1999.
- NORTH, Douglas; THOMAS, Robert. *The rise of the western world: a new economic history*. Cambridge: Cambridge University Press, 1973.
- PARTHASARATHI, Prasannan. *Why Europe grew rich and Asia did not: global economic divergence, 1699-1850*. Cambridge: Cambridge University Press, 2011.
- PIGOU, Arthur Cecil. *Industrial Fluctuations*. Cambridge: Macmillian & Co., Ltd. 1927.
- POLLACK, Robert. *Signs of life: the language and meaning of DNA*. New York: Houghton Mifflin, 1994.
- POMERANZ, Kenneth. *The great divergence: China, Europe and the making of the modern world economy*. Princeton: Princeton University Press, 2000.
- POSTER, Mark. *Cultural history and postmodernity*. New York: Columbia University Press, 1997.
- PRIGOGINE, Ilya. *La fin des certitudes*. París: Odile Jacob, 1996.
- RAWSKI, Thomas et al. *Economics and the historian*. Berkeley: University of California Press, 1996.
- REINHART, Carmen; ROGOFF, Kenneth. *This time is different: eight centuries of financial folly*. Princeton: Princeton University Press, 2009.
- ROSE, Steven. *Lifelines: biology beyond determinism*. New York: Oxford University Press, 1998.
- SANTOMASSIMO, Gianpasquale. Guerra e legittimazione storica. *Passato e Presente*. Florencia, n. 54, p. 5-23, set.-dic. 2001.
- SKIDELSKY, Robert. *El regreso de Keynes*. Barcelona: Crítica, 2009.

- SMAIL, Daniel Lord. *On deep history and the brain*. Berkeley: University of California Press, 2008.
- SMAIL, Daniel Lord; SHRYOCK, Andrew (eds.). *Deep history: the architecture of past and present*. Berkeley: University of California Press, 2011.
- SNOOKS, Graeme. What should economists be told about the past? A review article. *Australian Economic History Review*, v. XXX, n. 2, p. 89-94, set. 1990.
- SOLOW, Robert. Economics: is something missing?. In: PARKER, William N. (ed.). *Economic history and the modern economist*. Oxford: Blackwell, 1987.
- SOLOW, Robert. How did economics get that way and what way did it get?. In: BENDER, Thomas Bender y SCHORSKE Carl (eds.). *American academic culture in transformation: fifty years, four disciplines*. Princeton: Princeton University Press, 1997.
- SPIER, Fred. *El lugar del hombre en el cosmos: la "gran historia" y el futuro de la humanidad*. Barcelona: Crítica, 2011.
- STEARNS, Peter. *World history: the basics*. Abingdon/New York: Routledge, 2011.
- STIGLITZ, Joseph. *The price on inequality*. New York: W. W. Norton, 2012.
- TEMIN, Peter. *New economic history*. Harmondsworth: Penguin, 1973.
- VAN ZANDEN, Jan Luiten; BURINGH, Eltjo; BOSKER, Maarten. The rise and decline of European parliaments, 1188-1789. *Economic History Review*, v. 65, n. 4, p. 835-861, ago. 2012.
- WOOLF, Daniel. *A global history of history*. Cambridge: Cambridge University Press, 2011.
- WRAY, Randall. Writing for the next crash: the Minskyan lessons we failed to learn. *Real-World Economics Review*, n. 58, 2011.
- WRIGLEY, Edward Arthur. *Gentes, ciudades y riqueza*. Barcelona: Crítica, 1992.

INVESTIGACIONES *de* HISTORIA ECONÓMICA

VOLUMEN 10 • NÚMERO 2 • Junio 2014

Economic History Research

número monográfico / special issue

ELENA MARTÍNEZ-RUIZ Y MARÍA A. PONS
(Editoras invitadas / Guest Editors)

Financial crises in historical perspective: Parallels
between the past and present

CARLOS MARICHAL
Historical reflections on the causes of financial crises:
Official investigations, past and present, 1873-2011

JAMES FOREMAN-PECK
Great recessions compared

ANA MARÍA CERRO Y OSVALDO MELONI
Making explosive cocktails: Recipes and costs
of 20 Argentine crises from 1865 to 2004

MATTHEW HOLLOWAY Y JARI ELORANTA
“Stability breeds instability?” A Minskian analysis
of the crisis of the Asian Tigers in the 1990s

SEBASTIAN ALVAREZ Y JUAN H. FLORES
Trade finance and Latin America’s lost decade:
The forgotten link

reseñas

a e h e

